

Transhumanismo: ¿la idea más peligrosa del mundo?

Nick Bostrom
Oxford University
www.nickbostrom.com

Piero Gayozzo (traducción)
Asociación Secular Humanista del Perú
ssh.org.pe

Fabrizio López de Pomar (traducción)
Asociación Peruana de Ateos (APERAT)
aperat.org.pe

Formatos: [HTML](#), [PDF](#)

“¿Qué idea, si se acepta, representaría la mayor amenaza para el bienestar de la humanidad?” Esta fue la pregunta planteada por los editores de *Foreign Policy* en la edición de septiembre / octubre a ocho destacados intelectuales políticos, entre ellos Francis Fukuyama, profesor de economía política internacional en la Escuela de Estudios Internacionales Avanzados de Johns Hopkins y miembro del Consejo Presidencial de Bioética.

¿Y la respuesta de Fukuyama? Transhumanismo, “un extraño movimiento de liberación” cuyos “cruzados apuntan mucho más alto que los defensores de los derechos civiles, las feministas o los defensores de los derechos de los homosexuales”. Este movimiento, dice, quiere “nada menos que liberar a la raza humana de sus limitaciones biológicas”.

Más precisamente, los transhumanistas abogan por un mayor financiamiento de la investigación para extender radicalmente la esperanza de vida saludable y favorecer el desarrollo de medios médicos y tecnológicos para mejorar la memoria, la concentración y otras capacidades humanas. Los transhumanistas proponen que todo el mundo debería tener la opción de utilizar esos medios para mejorar diversas dimensiones de su bienestar cognitivo, emocional y físico.

No solo es una extensión natural de los objetivos tradicionales de la medicina y de la tecnología, sino que también es una gran oportunidad humanitaria para mejorar genuinamente la condición humana.

De cualquier forma, de acuerdo con los transhumanistas, la decisión de aprovechar tales opciones de mejora generalmente debe residir en el individuo. A los transhumanistas les preocupa que el prestigio del Consejo de Bioética del presidente se esté utilizando para impulsar una agenda bioconservadora limitante que es directamente hostil al objetivo de permitir que las personas mejoren sus vidas aumentando sus capacidades biológicas.

Entonces, ¿por qué Fukuyama nomina este ideal transhumanista, de trabajar para hacer que las opciones de mejora estén disponibles universalmente, como la idea más peligrosa del mundo? Su animadversión contra la posición transhumanista es tan fuerte que incluso desea la muerte de sus adversarios: “los transhumanistas”, escribe, “son casi el último grupo que me gustaría ver vivir para siempre”. ¿Por qué es exactamente tan perturbador para Fukuyama contemplar la sugerencia de que las personas puedan usar la tecnología para volverse más inteligentes o para vivir vidas más largas y saludables?

Una resistencia feroz ha acompañado a menudo avances tecnológicos o médicos que nos obligan a reconsiderar algunos aspectos de nuestra cosmovisión. Así como la anestesia, los antibióticos y las redes de comunicación global transformaron nuestro sentido de la condición humana de manera fundamental, también podemos anticipar que nuestras capacidades, esperanzas y problemas cambiarán si las tecnologías más especulativas que discuten los transhumanistas se materializan. Pero aparte de los vagos sentimientos de inquietud, que todos podemos compartir en diversos grados, ¿qué argumento específico presenta Fukuyama que justificaría renunciar a los muchos beneficios de permitir que las personas mejoren sus capacidades básicas?

La objeción de Fukuyama es que la defensa de la igualdad de derechos legales y políticos es incompatible con la aceptación del mejoramiento humano: “Detrás de esta idea de la igualdad de derechos está la creencia de que todos poseemos una esencia humana que se manifiesta con pequeñas diferencias en el color de la piel, la belleza e incluso inteligencia. Esta esencia, y la visión de que los individuos tienen, por tanto, un valor inherente, está en el corazón del liberalismo político. Pero modificar esa esencia es el núcleo del proyecto transhumanista”.

Por tanto, su argumento depende de tres supuestos: (1) hay una “esencia humana” única; (2) solo aquellos individuos que tienen esta esencia misteriosa pueden tener un valor intrínseco y merecen iguales derechos; y (3) las mejoras que defienden los transhumanistas eliminarían esta esencia. De esto, él infiere que el proyecto transhumanista destruiría la base de la igualdad de derechos.

El concepto de tal “esencia humana” es, por supuesto, profundamente problemático. Los biólogos evolucionistas notan que el acervo genético humano está en constante cambio y hablan de nuestros genes como los que dan

lugar a un “fenotipo extendido” que incluye no solo nuestros cuerpos, sino también nuestros artefactos e instituciones. Los etólogos han revelado durante las últimas dos décadas cuán similares somos a nuestros grandes parientes primates. Podría decirse que la esencia humana, en un sentido amplio, se ha convertido en un anacronismo. Pero podemos dejar de lado estas dificultades y centrarnos en las otras dos premisas del argumento de Fukuyama.

La afirmación de que solo los individuos que poseen la esencia humana podrían tener un valor intrínseco es errónea. Solo los más insensibles negarían que el bienestar de algunos animales no humanos importa al menos hasta cierto punto. Si un visitante del espacio exterior llegara a nuestra puerta, y tuviera conciencia y agencia moral al igual que los humanos, seguramente no negaríamos su estatus moral o valor intrínseco solo porque careciera de una “esencia humana” indefinida. De manera similar, si algunas personas modificaran su propia biología de una manera que altera lo que Fukuyama juzga como su “esencia”, ¿realmente querríamos privarlas de su posición moral y de sus derechos legales? Excluir a las personas del círculo moral simplemente porque tienen una “esencia” diferente de “el resto de nosotros” es similar a excluir a las personas en función de su género o el color de su piel.

El progreso moral en los últimos dos milenios ha consistido en gran parte en nuestro aprendizaje gradual por superar nuestra tendencia a hacer discriminaciones morales sobre bases tan fundamentalmente irrelevantes. Debemos tener en cuenta esta lección que tanto nos costó ganar cuando nos acerquemos a la perspectiva de personas modificadas tecnológicamente. Las democracias liberales hablan de “igualdad humana” no en el sentido literal de que todos los seres humanos son iguales en sus diversas capacidades, sino que son iguales ante la ley. No hay ninguna razón por la que los seres humanos con capacidades alteradas o aumentadas no deban ser iguales ante la ley, ni hay ninguna razón para suponer que la existencia de tales personas debe socavar siglos de refinamiento legal, político y moral.

La única forma defendible de basar el estatus moral en la esencia humana es dando a la “esencia” una definición muy amplia; por ejemplo: “poseer la capacidad de agencia moral”. Pero si usamos tal interpretación, entonces la tercera premisa de Fukuyama falla. Las mejoras que defienden los transhumanistas (una vida útil más larga y saludable, mejor memoria, más control sobre las emociones, etc.) no privarían a las personas de la capacidad de actuar moralmente. En todo caso, estas mejoras salvaguardarían y expandirían el alcance de la agencia moral.

Por tanto, el argumento de Fukuyama contra el transhumanismo es erróneo. No obstante, tiene razón al llamar la atención sobre las implicaciones sociales y políticas del creciente uso de la tecnología para transformar las capacidades humanas. De hecho, tendremos que preocuparnos por la posibilidad de estigmatización y discriminación, ya sea en contra o en nombre de las personas mejoradas tecnológicamente. La justicia social también está en juego y debemos asegurarnos de que las opciones de mejora estén disponibles de la manera

más amplia y asequible posible. Esta es la razón principal por la que han surgido movimientos transhumanistas. A nivel de base, los transhumanistas ya están trabajando para promover las ideas de libertades morfológicas, cognitivas y procreativas con un amplio acceso a opciones de mejora. A pesar de las extralimitaciones retóricas ocasionales de algunos de sus partidarios, el transhumanismo tiene una visión positiva e inclusiva de cómo podemos adoptar éticamente nuevas posibilidades tecnológicas para llevar una vida mejor que simplemente una buena.

El único peligro real que plantea el transhumanismo, al parecer, es que las personas tanto de izquierda como de derecha pueden encontrarlo mucho más atractivo que el bioconservadurismo reaccionario presentado por Fukuyama y algunos de los otros miembros del Consejo del Presidente.